

Libros y calumnias

Pedro MANTEROLA*



Polonio. Quiero decir, ¿de qué se trata lo que estáis leyendo, señor?

Hamlet. ¡Calumnias, amigo mío!...

Hamlet (acto II, esc. 2ª)

Polonio (A Ofelia entregándole un libro) Haz como que lees en este libro para que la ocupación sirva de pretexto a tu soledad

Hamlet (acto III; esc. 1ª)

Un libro es una caja. Una caja mayor o menor pero rebosante (no sé por qué imagino tal cosa, cuando en tantos casos a los libros sólo les rebosa su vaciedad). A pesar de todo, si alguna cosa intrigante todavía se conserva en el mundo se presenta en forma de libro. Una intriga simulada, a veces encantadora, a veces impene-

35

trable, a veces amenazadora y atormentada. Es por eso que creo que la caja de Pandora debió de ser un libro, un libro tan pequeño como para caber en su mano inocente y tonta, y tan grande y tan maléfico como para contener y prodigar las esperanzas perdidas de los hombres.

Lo que mejor enseñan los libros es a reparar no tanto en lo otro como en el otro, a ponerse en su lugar; a convertir la simplicidad "natural" (la culpa inocente) en conciencia (incertidumbre y complejidad). Petrarca en el Ventoux, abre un libro y el paisaje que ve en torno de la lectura adquiere un esplendor que le emociona y confunde.

Sin embargo, cuando los libros convertidos en soporte universal lo suplantán todo, resultan dañinos. La realidad reducida a su substrato escrito se pierde sin remedio. No están lejos los años —al menos a mí no me lo parece— en el que todo saber y todo aprendizaje permanecían sepultados en el abismo de unos cuantos pocos malos libros de triste aspecto. A fuerza de sumergirnos en ellos por la fuerza, aprendimos a odiar, más o menos

* Pintor v escritor.

por igual, las matemáticas y la historia, la física y la literatura, el latín y las ciencias naturales, y, lo que es peor, aprendimos a odiar los libros mismos. Aquellos áridos objetos que era necesario conquistar con esfuerzo se convirtieron en nuestros enemigos. Lo cierto es que mientras recitábamos de corrido la lista de los reyes godos y los ríos de Europa de norte a sur y de sur a norte, nunca supimos el nombre de los árboles que crecían trasnochos a la puerta de nuestra casa. Al parecer los únicos saberes que no nos perjudicaban eran los que no podían comprometer la experiencia. A veces pienso que todo era resultado del propósito de mantenernos en la ignorancia de bien que la Biblia celebra. De este modo, ser y saber, hombre “natural” y cultura, se mantenían higiénicamente separados, como aquellas piscinas que chicos y chicas no podíamos usar simultáneamente. “Entre santa y santo —decía el sabio proverbio— pared de cal y canto”.

Y sin embargo los mejores libros son los que impulsan el deseo de hacer y de relación.

Quizá haya que protegerse de los libros paradigma que se designan en singular y con mayúscula: el “Libro”.

Cada cultura parece colgar de un libro que hace innecesarios todos los demás. Este es el caso de los grandes libros, por otra parte bellísimos, sobre los que se asientan algunas religiones.

A nadie debe extrañar, por tanto, que el libro que mejor representa el tiempo que vivimos sea el nunca bien ponderado *Libro Guinness de los récords*.

36

No hace mucho tiempo, a las mujeres que sabían leer, les estaba recomendado no leer a menos que fuera algún libro de devoción (celestial invento que se bastaba para disolver, como el mal de las vacas locas, el seso más despierto). Parece que las cosas han cambiado mucho, pero a veces se diría que para mal. Una mujer leída, y un hombre también, han pasado de denunciarse como peligrosos a motejarse de ridículos. Un “cultureta” es el miembro de una rancia especie condenada a desaparecer; un lector de libros “espesos” un personaje extraño y como tal, poco digno de confianza, y un intelectual —aquel hombre en cuya presencia “había que amartillar la pistola”—, un hablador de escaso carácter; un hombrecillo complicado, inoperante, lleno de dudas, y con unos ingresos mediocres.

La galopante antiintelectualidad que nos asola, está motivada por la perversa utilización de viejas y prestigiosas consideraciones. La exaltación aristotélica del hombre medio, la recuperación de los viejos mitos románticos, relacionados con la virtud de los orígenes y la belleza de la naturaleza incontaminada, junto con la tonta e interesada interpretación de alguna de las más valiosas conquistas democráticas, han degradado el ambiente público, o publicado, que tanto da, hasta extremos que no hubiéramos imaginado hace pocos años. Uno de las peores consecuencias de este estado de cosas es el menosprecio general por la lectura desinteresada.

Sobre el legítimo derecho a expresarse libremente, sobre la idea de que nadie se halla en posesión de la verdad absoluta y de que “yo soy como soy y punto”, se asienta el relati-

vismo más grosero y en su nombre, la zafia proclamación del valor igual de todas las opiniones, que ha propiciado un descaro y una irresponsabilidad incomprensibles. Y no me refiero a la extravagante galaxia de exhibicionistas de toda índole que la televisión inventa y explota concienzudamente a costa de nuestras almas, ni a la ciénaga de consideraciones expuestas cada día, con un entusiasmo y determinación dignas de mejor causa por los sesudos ciudadanos que navegan deportivamente por tertulias y medios de comunicación en beneficio propio, defensa del poder y apología de sus más enconados prejuicios; me refiero al destino que, a juzgar por el predicamento que tales personajes alcanzan, les aguarda a los libros.

Pero, ¿a qué libros me refiero? Como decía Víctor Hugo refiriéndose a los románticos: hay libros y libros; y en la actualidad resulta difícil distinguir los unos de los otros. Las viejas librerías están viviendo el trance de su desaparición. Ya no es posible poner la vista en las mesas que acogen las “Novedades” sin entristecerse: el *marketing*, el *glamour*, los chismes y las “listas de ventas” lo devoran todo.

Vivimos, dicen, una “cultura de la imagen”. Semejante consideración no quiere decir otra cosa que la única verdad reconocible que nos queda (porque hemos aniquilado a conciencia la posibilidad de cualquier otra) es la que revelan las técnicas de seducción y encantamiento que *saltan a la vista*.

Me piden que señale los seis libros que no deberían faltar en ninguna biblioteca, y por si semejante tarea no fuera bastante descabellada, que justifique la selección o, lo que es lo mismo, que explique las razones del inevitable capricho que tal selección comporta. Capricho es, dice la Academia: la “determinación que se toma arbitrariamente, inspirada por un antojo, por humor o por deleite en lo extravagante y original”; y a estas características habría que sumar, en este caso, las que tienen por objeto ofrecer una esclarecida imagen intelectual de uno mismo.

37

Hecha la advertencia (lo que no implica que vayan a eludirse los peligros que en ella se señalan), añadiré que voy referirme a libros: 1º) escritos en distintas épocas. Grandes libros en todo caso, pero no necesariamente voluminosos; 2º) de contenido moral y político. Por decirlo en palabras de Montaigne: “que tratan del conocimiento de mí mismo, instruyéndome a vivir y morir bien”, cosa que va a permitirme evitar las obras de ficción pura, si es que hay alguna que no lo sea; 3º) publicados en castellano, y a las ediciones que manejo; y 4º) que, conforme pasan los años, voy apreciando cada día más.

Alguno de ellos podrían ser los que siguen:

—Plutarco. *Obras morales y de costumbres (Moralia)*. Ed. Gredos 1989.

—Montaigne. *Ensayos completos*. Ed. Iberia 1963.

—Edward Gibbon. *La Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano*. Ed. Turner 1984.

—Lichtenberg. *Aforismos*. Ed. Edhasa 1990 (a pesar de las reservas que pueden suscitar las antologías).

—Diderot. *El sobrino de Rameau*. Ed. Cátedra 1985.

—Marx / Engels. *El Manifiesto Comunista*. Ed. Ayuso 1974.

Pero si, por un más difícil todavía, me pusieran en el aprieto de resumir todos ellos en uno elegiría el *Fausto* de Goethe.